

ISABEL LINCOLN STRANGE RESÉNDIZ (2017), *LA MASCULINIDAD COMO PRODUCCIÓN DISCURSIVA Y LA FEMINIDAD COMO SILENCIO EN EL LIBRO VACÍO Y LOS AÑOS FALSOS DE JOSEFINA VICENS*, PRÓLOGO DE ANA ROSA DOMENELLA, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, UNIDAD IZTAPALAPA, BIBLIOTECA DE SIGNOS, MÉXICO, 190 PP.

Como las grandes obras literarias de ruptura, el proyecto de Josefina Vicens (1911-1988) apostó por la renovación literaria y la búsqueda de una voz propia en medio del inmenso mar narrativo de la literatura mexicana de la segunda mitad del siglo XX. Triunfó. Aunque no posee la fama de los escritores de su época, que intervenían en los medios y los espacios públicos, ni produjo una obra prolífica, permanece en el centro del canon, estudiada con frecuencia, originalidad e interés por la crítica literaria del siglo XXI. En ese contexto, *La masculinidad como producción discursiva...*, el volumen de Isabel Lincoln, dedicado a las dos novelas de la escritora tabasqueña, destaca por su lucidez, su metodología y su perspectiva crítica para analizar el texto literario.

Este estudio es resultado de la investigación que Lincoln Strange realizó durante los años de su maestría en Teoría Literaria en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Después, siguió trabajando e incorporó nuevos acercamientos a *El libro vacío* y *Los años falsos*, hasta dar por concluido este proyecto.

Desde la aparición de *El libro vacío* (1958), la obra de Josefina Vicens destacó inmediatamente dentro del panorama mexicano. Publicada en una década fundamental para la narrativa mexicana —en la que aparecieron *Pedro Páramo* de Rulfo, *Confabulario* de Arreola, *La región más transparente* de Fuentes, *Obras completas (y otros cuentos)* de Monterroso—, explora las condiciones torturantes del protagonista, José García, para escribir y para decidir dejar de hacerlo. Poco a poco, los lectores asistimos al nacimiento de una novela que desborda el canon: mientras *La región más transparente* indaga sobre el ser y la identidad de los mexicanos, en el comienzo de un ambicioso proyecto narrativo que buscaba acercarse a la novela total, Josefina Vicens se encontraba explorando las limitaciones del lenguaje y la escritura: “—¿Va

muy adelantado tu libro, papá? —le pregunta el hijo al narrador personaje, lo que provoca su ira y desaliento— ¡Adelantado! Me quedo pensando: ¿Cómo puedo adelantar en un libro rígidamente contenido para ocultar esta impotencia de escribir y ésta, mayor aún, de no escribir?” (Vicens, 2015: 53).

La novela plantea, así, la imposibilidad de la escritura. Esta poética del silencio permite reflexionar sobre la esterilidad y el fracaso de la creación; al hacerlo, Vicens escribe sobre la no escritura, sobre el intento de querer y no querer abandonarla: su propósito, pareciera, es anular la anécdota y concentrarse en los límites del lenguaje, creando así, en cierto sentido, una poética antirrealista —en el sentido mimético que se le asigna desde la literatura.

Generalmente, cuando se trata de la creación literaria producida por mujeres, uno de los prejuicios habituales de la crítica consiste en leer la poesía y la narrativa —incluyendo la psicología y las acciones de sus personajes— a partir de los datos biográficos de su autora, como si ambas fueran una unidad que permitiera establecer una asociación a partir de la reflexión de un personaje femenino para atribuírsela a la escritora. Es evidente que, desde la separación de las nociones de texto, autor y personaje, propuesta por el formalismo ruso y retomada por el estructuralismo, el acercamiento a la obra literaria ha producido resultados que promueven una lectura que se detiene mucho más en la obra misma que en su creador; teniendo en cuenta los avances realizados por la teoría literaria del siglo XX, y sin dejar de reconocer que el estructuralismo hizo grandes aportes a los estudios literarios —aunque eliminó, tácitamente, las relaciones entre autor, obra y lector, lo cual impide el análisis del contexto en el que aquella se produce—, persisten una serie de dogmas y prejuicios del siglo pasado, sobre todo con respecto a la literatura escrita por mujeres.

En ese sentido, el acercamiento de Isabel Lincoln a la narrativa de Josefina Vicens introduce un conjunto de conceptos de la teoría literaria que, por un lado, refutan los clichés de la crítica literaria masculinista y, por otro, abren nuevos caminos críticos.

Lincoln parte de un supuesto fundamental en el análisis literario: separa la noción de autor de la noción de personaje, en línea con el gran crítico ruso Mijaíl Bajtín, tal como lo señala Ana Rosa Domenella en su lúcido prólogo. De este modo, la teoría bajtiniana resulta fundamental para avanzar más allá de la actual crítica feminista; la propia Vicens marca la ruta al separarse implícitamente de sus protagonistas

masculinos. Así, las herramientas críticas del legado de Bajtín contribuyen a separar las nociones mencionadas, pero sin que el análisis del contexto social sea ignorado, pues Lincoln incluye los estudios de género para abarcar por igual los aspectos formales y sociales de las novelas de Vicens. Con esta doble perspectiva crítica, llega a una conclusión reveladora: los protagonistas de ambas narraciones, José García en *El libro vacío* y Luis Alfonso en *Los años falsos*, son víctimas de un sistema patriarcal represivo; el primero fracasa en su intento de escribir una novela; el segundo es condenado a ocupar el sitio del padre muerto, en una sustitución edípica leída como una imposición social y familiar de gran violencia. La investigadora analiza la parálisis y el bloqueo creativo permanente de José junto a la vida de reproducción estéril de Luis Alfonso, réplica exacta de la vida del padre en todos sus detalles. De acuerdo con los estudios de Bajtín y en el contexto del concepto de cuerpo, de gran importancia en los estudios de género, afirma:

[...] lo visible en *Los años falsos* tiene importancia para que se lleve a cabo la acción, debido a que el protagonista, si bien no es descrito físicamente, debe verse como su padre, pues ocupa un lugar: usa su ropa, hereda su empleo, su amante y sus amigos. En cambio, en *El libro vacío*, ésta no es una cuestión relevante [...] no importa cómo se vea José García, lo fundamental es que se trata de un personaje inmiscuido en los problemas de género. (p. 87)

Como lo demuestra Lincoln Strange en los casos de estos personajes masculinos, el cuerpo es el espacio amenazado, lo cual contribuye a la incapacidad de la *psique* para diferenciar entre los deseos y la imposición social, determinada por la familia y los roles y obligaciones impuestos por la sociedad a los individuos.

Así, más allá de la posible identificación entre la autora y sus personajes, y sin dejar de tener en cuenta la observación de Bajtín a propósito de que la obra literaria no deja nunca de ser permeada por lo autobiográfico, voluntaria e involuntariamente, el estudio de Lincoln Strange es un aporte fundamental para el análisis de la obra de Josefina Vicens y un modelo a seguir para la *praxis* del método establecido por Bajtín: los aspectos formales de la obra siempre están en diálogo con los aspectos sociales que la conforman y definen.

De este modo, el estudio de la construcción de la masculinidad frente a la feminidad pone en diálogo la obra narrativa de Vicens con sus aspectos estéticos y sociales, siguiendo la teoría bajtiniana, siempre dialógica:

El escritor debe acudir a un acto ético en la creación del acto estético. Las relaciones autor-personaje se concentran en la obra como un acontecimiento artístico resultado de una totalidad ético-estética-cognoscitiva. El héroe y el autor son el acontecer de la obra; al mismo tiempo, se unen en un acto estético que origina un ser (personaje) en un nuevo plano valorativo del mundo. El autor debe permanecer en la frontera del mundo propio (el real) y el creado, aquí radica el acto ético del creador. (p. 90)

De acuerdo con todo lo anterior, Isabel Lincoln Strange se deslinda de aquellas lecturas que sobreinterpretan la obra de Vicens en relación con su vida, a propósito de la identidad oculta de sus protagonistas y sus nombres (como el de José García, quien ha sido interpretado como el símbolo oculto del nombre “Josefina”); le interesa, ante todo, el análisis del discurso en las novelas. Gracias a esta perspectiva, demuestra que los personajes masculinos no representan el poder patriarcal —como sí lo plantean otras críticas— sino lo contrario, también son víctimas de ese sistema opresivo: la sociedad patriarcal aplasta a mujeres y hombres.

Vicens, Josefina (2015), *El libro vacío/Los años falsos*, prólogo de Aline Pettersson, Fondo de Cultura Económica, México, Letras Mexicanas, 140, 53.

**ALFONSO MACEDO RODRÍGUEZ**

**ORCID.ORG/0000-0001-8983-0921**

Universidad La Salle Pachuca

amacedo@lasallep.edu.mx

D. R. © Alfonso Macedo Rodríguez, Ciudad de México, enero-junio, 2018.